



abiertas siempre a los mitos, isla que se quede sola. No se busque en Palestina en seres o en cosas otra gracia que la que fluye en ellos. Pero los pastores con el embeleso que la noche les diluye en las venas no se cambian por soberanos de tres coronas. Grecia capta, Palestina también. Viendo cien veces estrellas, han aprendido cómo fulgen, pero no cómo se llaman. Divierten la mirada en la V doble de Casiopea o en el arco de Perseo con la concavidad vuelta al Norte, hacia el Polo, y en el tahalí de Orión dentro del trapecio con Betelgeuse y Rigel. Dibujarían hasta con ojos cerrados las Osas y luego entre ellas la sinuosidad de la Cola de Dragón hecha con luceros tenues. A nombrar constelaciones no aciertan, pero a apacientarlas esta noche de poesía egregia, sí. Va a nacer el Niño para que el linaje de Adán se regenere y ya curado de la culpa originaria se encamine a la salvación. Cargado de misterio se nos muestra el dogma de la caída, al que la condición del hombre va ligado como la sombra al cuerpo. El pecado original es incomprensible en sí, pero sin él no se comprende nada. No más que los pastores de Belén sabemos de los enigmas que nos rodean. Creemos y la razón ayuda a nuestra fe y la acoraza de firmeza. Está en la mente tan sólo — dijo alguno — la latitud en que el hombre no es corruptible. Negamos que la sabiduría preserve de corrupción pero amamos el pensamiento como el presente más puro de cuantos la criatura haya recibido. Aunque la razón aguce, eso sí, sus instrumentos queda mucho por explorar en lo ignoto. La fe con que los pastores se apresuran hacia el resplandor del establo es nuestra fe. Con expresiones dialectales del hebreo o del arameo loarán el prodigio. Lo que digan no ha de ser muy diferente de lo que siglos después se dirá en España en la canción de un fraile con el ritornelo, «No la debemos dormir la Noche Santa, no la debemos dormir», o en la «Vita Christi, fecho por coplas», de otro fraile franciscano como el anterior:

Qué pensaba, que dezía  
en aquel tiempo y sazón  
la madre Virgen María,  
ningund seso no podría  
recontarlo el corazón.

Con el alma lo adoraba,  
con el cuerpo lo servía  
y con ambos se alteraba  
cuando su Dios contemplaba  
el hijo que ella paría.

En solar del Rey Salmista nace un niño de su estirpe. La genealogía de Cristo es clara en el Evangelio de San Mateo, que es el único escrito originariamente en el habla aramea. Las generaciones desde Abraham hasta David son catorce, como catorce las que se suceden desde David hasta la cautividad de Babilonia y catorce las que se transmiten la antorcha de la vida desde la cautividad hasta Cristo. Omite la genealogía nombres de mujeres al enlazar varonías en el correr del tiempo. Unos pocos, los más de extranjeras, como Ruth la moabita, retienen Ruth, que en el idioma que brizó la cuna a los pastores, es lo mismo que amiga. En Esther da su centelleo la estrella, como en Noemí su presente la gracia. Bethsabé es hija del juramento, y Sara, princesa. Ruth, Esther, Noemí, novias de pastores en la noche de la Natividad, madres de pastores como antes hijas han de ser. Estos nombres hebreos entran melodiosamente en la memoria como los de lugares de Palestina. Jericó, por ejemplo, significa lugar de bálsamos y se hace en nosotros aroma antes que música. En la ascendencia de Cristo, David es nombre que se traduce por amado de Dios, y Abraham, por padre de multitud o sea patriarca. El nombre nos predestina y ojalá conociéramos los de los pastores que llevaron ofrendas del portal de Belén. Y Fray Iñigo de Mendoza, el de la «Vita Christi, fecho por coplas» dirá enviando a los pastores a quienes Ruth, Noemí o Bethsabé pedirían ansiosamente que les contasen lo acontecido.

¡Cual estabas, quién te viera  
cercado de resplandor!  
¡Oh, quién presente estuviera  
para ser si ser pudiera  
pesebre de su Señor!

¿Cómo imaginamos nosotros a los pastores de la Noche Santa? En las Natividades del Museo del Prado, ¿quién los pinta mejor? ¿Hans Memling, el Correggio, Witenwael, el de Utrecht, el anónimo del «Retablo del Arzobispo Sancho de Rojas», Coxie, en su tríptico para Santa Gudúla, de Bruselas, de donde Felipe II lo trae al Escorial, el Maestro de las Medias Figuras, Palma el Viejo, Orrenta, Murillo, Mengs? Todos y cada uno de estos grandes artistas han pintado concretamente las figuras de la Natividad. Los pastores son como los de hoy y los de siempre. No hay anacronismo en vestir a los de Belén con largas capas, o con pellicos, o monteras y en darles por compañía mastines con carlanças férreas contra el lobo. Se cocía el pan en los hornos de Judea como se cuece ahora el nuestro. Se pastoreaban los hatos como se pastorean hoy. «Sean, pedía Gabriel Alonso de Herrera, sean más duros para los montes y espesuras que para los lugares rasos y tengan la voz recia que se oiga lejos para llamar los perros o para recoger el ganado». Los que vieron nacer a Cristo y los que oyeron aquí a don Quijote, unos son y los mismos. Léase el privilegio real que Alfonso X, en 1273, otorga a la Mesta. En él se dispone que la anchura de la cañada se limite a seis sogas de cuarenta y cinco palmas. Es la anchura de las cañadas reales, la del oeste leonés, la segoviana en el centro y la manchega a Levante. Miden los cordeles la mitad de la anchura de las cañadas, y las verdaderas la cuarta parte. Rebaños trashumantes cruzan en el siglo XIII y en los que le siguen hasta el diecinueve estos caminos y levantan como si fuesen ejércitos, nubes de polvo. Mil páginas no bastarían para historiar los litigios que el Honrado Concejo de la Mesta promueve. Del pastoreo español se cuenta y no se acaba. Vieron los pastores de Galilea cumplirse las profecías y grandes cosas los de España han visto también. Oyeron los de aquí a algún profeta clamar: «La gloria del hombre no consiste en las riquezas ni en el poderío ni en los trofeos de las batallas ni en la sabiduría ni en el amor con sus fiestas y sus suplicios. Consiste tan sólo en el conocimiento de Dios y en el ejercicio de la virtud, de la caridad y de la justicia». Quien hablaba así se llamó a sí mismo Juan Sin Tierra e hijo voluntarioso de la nada. El resplandor de Cristo en la Noche Santa prometía más y mejor y con maravillosa largueza. Hasta los pastores lo han entendido así porque la clarividencia les ilumina el corazón como ellos con sus hogueras el monte.

ILUSTRACIONES DE FREIRE

# Pastores

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

Pero esos pastores sin que voz de Sibila ni eco de oráculo transfundido en égloga les cautiva están en la noche apacientando estrellas. Dejan los hatos en el aprisco para respirar la onda de ventura que palpita en el aire. Ignoran lo que se enseñó hace siglos lejos de la Judea, aunque a orillas de un mismo mar. Y es que quien alimento

con médula de león la fe en el rejuvenecimiento periódico del planeta, no errará. Porque de tiempo en tiempo los astros se sitúan de tal modo que el Universo se estremece de júbilo mientras resurge de sí y reconquista la esperanza. Todo entonces, como reveló Pitágoras sobre cifras sonantes de Orfeo en Grecia seis siglos antes de que Augusto imperase en Roma, todo se reordena y se rescata *nascitus ordo*. Decimos siempre que la gracia de los antiguos es de mármol y de espuma. Allí en los mares griegos las islas no segregan soledad, como las atalayas horizonte. La risa innumerable que el ciego divino oyó prueba el archipiélago. No hay en las Espórades del Sur ni en las Cícladas,

Antiguamente los pastores eran santos, patriarcas y profetas.  
(Gabriel Alonso de Herrera en su «Libro de Agricultura». Alcalá, 1513.)

ESTOS de la Noche Santa no tienen para patriarcas ni edad ni prole. De profecías poco saben, pero de pronto ven con otra luz Sentencie Roma que las obras del entendimiento son baluartes de la dignidad humana. Lo serán, pero en Belén, en la Noche Santa, la clarividencia se aloja en el corazón de los humildes. De vaticinios que truecan la Edad de Hierro en Edad de Oro, los que cuidan ganados nada pueden oír. El latín que presta resonancia a los oráculos es el mismo que recanoniza en leyes el poder que nace de la guerra. Es habla viva en la urbe, pero no todavía allí donde los pastores de Galilea no madrugan sino para su grey. En Belén, númenes de David, padre de Salomón, dictan fidelidad en la lengua vernácula, que si no es la de los Salmos, de buenos padres viene. Es la lengua que se defiende con honda contra el latín de los Decretos y si se refugia en los montes es para morir cerca del Cielo.